

La Vida literaria



SUPLEMENTO DE LA REVISTA "ESPAÑA Y AMÉRICA"

AÑO I

CÁDIZ, SEPTIEMBRE DE 1927

NÚM. 9

Una jornada del pacifismo europeo

Cuando aguardaba en el Quai d'Orsay el tren especial que me conduciría hasta Boissy-la-Rivière donde había de realizarse el mitin de apertura del VI Congreso Democrático Internacional de Paz, sospeché que a impulsos de una vocación bien acendrada tan sólo iría, una vez más, a prosternar mi alma ante el santuario quimérico de la paz y a confundir mi voz en el vasto conjunto místico, y por ende distante de la realidad material, pronto a entonar el secular anatema contra el crimen internacional de la guerra.

Creí asistir tan sólo a un Congreso pacifista, más donde los votos tan generosos como imposibles, y los discursos no menos sonoros que impotentes, iban a resolverse en efectistas y magnánimas imprecaciones contra el militarismo, el imperialismo y el nacionalismo, que constituyen la gangrena que todavía corroe el organismo moral y político de este desgraciado continente, como si no hubiera bastado, para enseñanza y escarmiento, el horror de una hecatombe cuyas consecuencias agobiarán aún por muchos lustros a sus pueblos.

Llegado que hube al parque del «chateau» de Bieville, sede de las comisiones del Congreso, tuve de inmediato la sensación de que si era una misma la vieja llama mística que a esa muchedumbre inflamaban, eran, por lo menos, absolutamente distintos los procedimientos empleados por estos «tácticos» del pacifismo europeo.

Fué así que a pesar del escepticismo que venía trabajando mi espíritu, me fué dado constatar de inmediato de que no iba a resultar el espectáculo de un Congreso más, sino el testigo de una nueva y auspiciosa realidad. ¿Qué es, en efecto, lo que se ha propuesto organizar por medio de estos actos, que se iniciaran apenas terminada la guerra, en París, y luego se continuaron en Viena y en Frisbourg y en Londres, y este año de nuevo en la capital de Francia?

Se ha querido, efectivamente, que a la luz de los principios democráticos, de las costumbres y del derecho internacional, estudiar el vasto problema de la paz y organizarlo seriamente con el concurso de altas autoridades científicas, gobiernos, corporaciones particulares, propagandistas, etcétera, del complicado conjunto de las cuestiones exteriores, cuyas repercusiones y cuya ignorancia de las mismas la última guerra ha venido a poner nítidamente de manifiesto.

Pero, por sobre de todo lo que se ha propuesto este Congreso, ha sido una tarea de carácter práctico y, por así decirlo, experimental, que le presta aquel seño novedoso a que nos hemos referido, destacándose por sobre el aspecto teórico, doctrinario y hasta apostólico que también reviste.

Se empeña el Congreso Democrático Internacional de la Paz en crear entre los pueblos de Europa un nuevo espíritu internacional. Desde el punto de vista de los principios jurídicos coincide, apuntala, propaga y se adelanta en ocasiones a la acción de la Sociedad de las Naciones, pero se propone, sobre todo, crear primero y robustecer después, antes que una agrupación de gobiernos, una asociación de pueblos. Bien saben los hombres que periódicamente intervienen en sus deliberaciones y que son al mismo tiempo copartícipes de esa fiesta fraternal que los congrega varios días en distinto país, que los acuerdos de la diplomacia jamás servirán para nada, como no han servido en definitiva en el pasado, si no están sostenidos y prestigiados por el sentimiento profundo y la voluntad inquebrantable y consciente de la opinión pública.

No basta entonces, para la consecución de tales propósitos, la dialéctica parlamentaria, ni la cátedra, ni los tratados. Ello no es suficiente para destruir eso que ha dado en llamarse «el egoísmo sagrado» de las nacionalidades y las patrias, el concepto rígido, estrecho, ancestral a menudo,

de sus soberanías. Es necesario el impulso audaz y recio que parta desde abajo y que proclame, no por la voz de los profetas o los iluminados, sino por la de los hombres mejor calificados de los respectivos pueblos, un sentimiento solidario, encumbrado por sobre todas las fronteras, tendido luminosamente a los horizontes de la Humanidad.

* * *

Se organizaba a mi arribo el mitin de apertura en el amplio parque del castillo. Una inmensa muchedumbre, precedida por las banderas de todas las naciones de Europa y rodeada de antorchas, se ponía en marcha primero hacia el Campo de la Paz, y luego hacia el teatro al aire libre, donde habían de iniciarse los trabajos con la apertura del Congreso. Iban a su frente los representantes de todas las ideas filosóficas, religiosas, sociales y políticas, desde el Ministro de la Guerra de Francia y Marc-Sagnier, jefe de «Jeune République», hasta el obispo de Versalles y el presidente de la «Liga liberal de los derechos del hombre», pastores protestantes, legisladores alemanes, profesores ingleses, universitarios austriacos...

Mientras los librepensadores, presididos por Ferdinand Buisson, se congregaban en rueda de camaradas en una de las salas del castillo, y los fieles de la religión protestante asistían a sus respectivos oficios, la columna de los congresales y adherentes, católicos se dirigía hacia el «Calvario de la Paz», que se halla situado en lo alto de la «colina sagrada».

Esto de la colina sagrada, del calvario y del campo de la paz, que a primera vista pudiera parecer extraño o pueril, es, por el contrario, la cristalización de una idea hermosa, desde luego, y de efectivos alcances prácticos. Se trata de una extensa parcela de terreno que comprende una pintoresca colina de 400 metros de altura, absolutamente cubierta de una feracísima población forestal. Propiedad de la prestigiosa organización política de carácter ca-

tólico, cuyo proselitismo se ha extendido preferentemente a los núcleos de juventud francesa, ella fué adquirida conjuntamente con el antiguo castillo de Bierville, cuyo dominio arranca de 1224, del Capítulo de Santa Cruz de Orleans. La liga de joven República cumple un vasto programa de acción política y social, y entre sus capítulos se destaca la propaganda pacifista, que se cumple con ferviente entusiasmo desde el día siguiente de la paz de Versalles. Fueron esos mismos jóvenes quienes realizaron todos los trabajos y plantaron los árboles del Campo de la paz.—A su entrada se encuentra el monumento de la reconciliación, que ostenta la inscripción siguiente: «Este Calvario ha sido erigido con los abetos de la Floresta Negra, donado por la ciudad de Fribourg-en-Brisgau.—Este mármol ha sido donado por el príncipe heredero de Saxe. Y luego una inscripción en latín que significa: Que entre todos los pueblos vuélvase sólida como este mármol de Saxe la paz que el Salvador ha querido ofrendar al mundo con su cruz». Alfa y Omega, primera y última letra del alfabeto griego, que figuran en las viejas inscripciones cristianas, simbolizando a Dios, principio y fin de todo.

La inmensa muchedumbre católica, en columna, las bandas militares al frente, y en lo alto de un mástil gigantesco la bandera roja y azul, con la inscripción «Paz», recorría, cantando, el vasto campo, deteniéndose con devoto recogimiento en cada uno de los catorce monumentos, que constituyen las estaciones del Camino de la Cruz: Una torre dedicada a San Pablo; la estatua de San Juan; la de Nuestra Señora de la Paz «Regina Pacis»; el obelisco de Santa Catalina de Siena, pacificadora de pueblos; la Profunda gruta de San Francisco de Asís, etc., hasta lo alto de la colina donde se encuentra enclavado el calvario con su enorme crucifijo, frente al cual oficiara el arzobispo de Versalles y por cuyo intermedio el pontífice Pío XI transmitiera su bendición apostólica.

Terminadas estas ceremonias de las distintas parcialidades religiosas; acallada en una tregua solemne la voz de las opuestas filosofías; desvanecida la prevención de los nacionalismos hasta ayer hostiles, todos se confundieron de inmediato en una espontánea comunión fraternal.

Llegó a conmoverme de veras la afirmación que este ejemplar ofrecía; llegó a parecerme absolutamente natural y humano el espectáculo que presentaba aquel sinnúmero de carpas de campaña que ostentaba en lo alto los colores alemanes y austriacos, al lado de las banderas belgas o francesas; el coro heterogéneo que entonaba los aires pacifistas, confundidos los acentos de las distintas lenguas; los sacerdotes de distintas religiones que en ese momento confraternizaban en el plano, equidistante de una empresa común donde es posible que converja el amor de todos los hombres.

¿Resulta absurdo o contraproducente esto que alguna vez se supusiera de un confucionismo peligroso? No así nos pareció a quienes presenciáramos el espectáculo de Bierville. Y, después de todo, como lo subraya uno de los tribunos del Congreso, si los hombres de confesiones religiosas, de razas y de filosofías diferentes, se han unido siempre para matar, ¿por qué no han de unirse también, de una vez, para suprimir la guerra y crear la paz del mundo?

Se trata de constituir una nueva «psicología internacional», y de aquí la razón de ser de estos actos. Es necesario, desde luego, acercar los espíritus todavía huraños en razón de las distancias, las extraviadas normas educacionales basadas en la prevención y en la adversidad, los intereses particulares, por otra parte perfectamente conciliables, y los perjuicios de todo orden que han hecho hasta el presente al hombre el lobo del hombre, según el apotegma de Hobbes.

Pero es indudable que, para que la mentalidad internacional se modifique, y para que los núcleos populares de las distintas naciones se adapten a las nuevas costumbres y se ensanche, día a día, el horizonte de esa confraternización, es necesario el concurso de los hombres y las fuerzas morales que impulsan los pueblos, gobiernos, universidades y organizaciones obreras. Nunca ha faltado mi aporte al Congreso Democrático Internacional de la Paz.

Al día siguiente de la gran guerra, sobre todo en Francia y Alemania, la primera reunión del Congreso en Fribourg, provocó en ciertos medios un profundo revuelo. No podía concebirse esa elocuente proclama de olvido, que no otra cosa significaba aquel acto, en momento en que el odio de enorme tragedia presentábase aun como algo indestructible y eterno. La primera reunión del Congreso, en tierra alemana, sembró el escándalo en el seno del «chauvinismo» internacional. Entónces resultaba más heroico todavía proclamar en público los ideales de paz que batirse en los campos de batalla. De aquí que aquélla tuviera por entonces sus mártires, sobre todo en Alemania, primeramente en un ministro alevosamente asesinado, y luego en tantos otros propagandistas, acusados de alta traición y encarcelados, como ese anciano profesor Quidde, presente en este Congreso, por el delito de haber denunciado públicamente las maniobras militares clandestinas de los nacionalistas de Hitler y Ludendorff.

No fué menos intenso el asombro en Francia, aunque las represalias y las consecuencias tuvieran tan sólo un carácter político, finalmente bien significativo, por cierto. El pueblo francés, desde el mismo día del armisticio, trocó el odio al adversario por un odio distinto: el aborrecimiento de la guerra. La orientación política de su Gobierno no era entonces exactamente la misma. En su carácter de vencedor, acababa de concertar un pacto con los vencidos, y

el espíritu de ese convenio conservaba la resonancia del combate. Como no podía ocurrir de otra manera, de acuerdo con las costumbres democráticas, la opinión pública se impuso a los políticos, como que los unos deben ser la consecuencia lógica de los otros, y Francia bien pronto pudo contemplar cómo caía un régimen político, para dar paso a otro que coincidiera con sus íntimas aspiraciones internacionales. Pero el síntoma es mucho más elocuente todavía. El jefe de aquella situación política vuelve luego al Gobierno, y en ocasión de este VI Congreso de la Paz, ese mismo Gobierno toma en él una intervención activa, luego de delegar su representación en el vicepresidente del Consejo de Ministros y en el ministro de la Guerra.

Es el director jerárquico del ejército de Francia, quien autoriza el envío al Campo de la Paz de Bierville de las carpas y bandas militares, de las cocinas rodantes y demás material que fuera empleado en la última guerra. ¡Profundo símbolo, capaz de alentar una fuerte esperanza!

Pero la acción del ministro de la Guerra no se hubo detenido allí. El quiso concurrir y quiso hablar. Y habló para expresar de este modo su pensamiento: «Es a las generaciones nuevas, a las que crearán el mañana a las que incumbe la grandiosa misión de libertar a la Europa—la Europa civilizadora del planeta—de los rencores seculares, de los odios oprobiosos, de las desconfianzas peores todavía que los rencores y los odios, y que son los verdaderos generadores de ese flagelo bárbaro: la guerra.»

Luis Barthou, el ministro de Justicia, fué el encargado de representar a Mr. Poincaré, que en algunos círculos se considerara, en razón del rol que le tocara espiar en la última guerra, animado de porfiadas prevenciones, a pesar de que por motivos de carácter político interno acababa de aceptar el plan de cooperación política europea, que no otra cosa significaba la permanencia de Briand en su Gabinete.

El representante del Jefe del Gobierno en el Congreso de Bierville se encargó de desmentir, con la autoridad de su palabra, aquellos asertos. Proclamó la verdad de que ningún país siente como Francia la necesidad de la paz, como ningún país la quiere más ardientemente, más lealmente, más sinceramente, «como el principio, la condición y la garantía de la institución democrática». Subrayó como ningún pueblo ha aportado a la obra de Ginebra un impulso más resuelto y activo de ese nuevo derecho de la Humanidad regenerada y reconciliada.

Pero el estatuto de la paz, agregó, que es tarea de carácter técnico, exige, para desarrollarse y precisarse, una atmósfera donde la opinión pública colabora con los diplomáticos dentro de un espíritu en que la prudencia no disminuya la confianza. Su vibrante exhortación a la Asamblea ter-

minó con estas palabras fervientes: «Aparatad del camino donde debe florecer la paz, las represalias y los rencores. Haced de la justicia vuestro fin y vuestra ley. Confiad a los jóvenes, desposeídos del espíritu de revancha y de las fórmulas estrechas de un pasado abolido, el estandarte de ese porvenir, a cuya sombra los hombres de buena voluntad impondrán su voluntad en el mundo».

No menos categóricas resultaron las declaraciones del delegado del Gobierno del Reich, doctor Platz, las del diputado alemán del centro señor Begstraser y las del senador belga Mr. Carnoy, quien en el acto de la apertura del Congreso expuso algunos conceptos firmes y originales, al atribuir al concepto «pagano» de la soberanía de los Estados la causa profunda del mal que se trataba de conjurar, entendiendo que el principio cristiano que presenta a la propiedad, en cierto modo como un mandato, debe extenderse también al dominio internacional, siendo así que todo pueblo debe cuenta de su territorio a la Humanidad, es a ésta a la que toca intervenir, como al Poder que se ha sustituido a la «vendetta» sangrienta de las tribus.

* * *

Bajo tales auspicios se iban a iniciar los trabajos del Congreso, no sin antes haber expuesto sus puntos de vista perfectamente coincidentes, Mr. Buisson, en los librepensadores, Sir Dickinson, el delegado inglés, y monseñor Julián, el arzobispo de Arrás.

Constituídas las distintas Comisiones, la labor del Congreso se hacía de más en más intensa, y era de verse con el entusiasmo y la fe con que se debatían las múltiples cuestiones de organización y de carácter teórico. En los Congresos anteriores, las conclusiones adoptadas se reducían a la colaboración con la Sociedad de las Naciones en el estudio de los temas fundamentales que aquella institución planteara, y sobre todo en la divulgación de las ideas y principios fundamentales que la inspira. Así, en las últimas sesiones de Londres, además del estudio del problema del desarme, se adoptaron votos concretos respecto al plan Dawis, la seguridad, la entrada de Alemania en la Sociedad de las Naciones y otros votos de acción política, de acción moral y de acción económica, de efectiva resonancia continental.

Pero, lo repetimos, todo esto se refiere más bien a su acción coadyuvante, ya que la obra básica del Congreso es, sobre todo, psicológica. En la reunión a que acabamos de hacer referencia, el delegado inglés, doctor Orchard, proclamó, como el único medio para suprimir la guerra, el de organizar una «revolución psicológica» que fuera capaz de «cambiar la naturaleza humana». La tentativa ha de ser tildada, sin duda, de fantástica, por todos aquellos que por inercia o por intereses inconfesados se

han decidido por una cobarde actitud contemplativa, frente al peligro de la guerra. El hombre que tal necesidad proclamaba es todo menos un teórico. Decidido adepto del pacifismo integral en Inglaterra, es tan ardiente y contagiosa su convicción, que un general inglés, durante la guerra, llegó a afirmar que sólo con el fusilamiento de Mr. Orchard podría detenerse en la isla el movimiento pacifista.

Interesa destacar la posición de estos hombres profundamente «prácticos» frente al problema. ¿Cambiar la naturaleza humana! ¿Resulta, acaso, una empresa imposible? Hasta ahora, efectivamente, lo ha sido, y lo será en el futuro si ha de continuar empleándose para tal objeto exclusivamente el procedimiento secular de la declamación y el efectismo tribunicio o los rígidos y prevenidos recursos de la diplomacia.

Los hombres de este Congreso se han organizado inmediatamente después de la guerra, teniendo en presencia un horizonte más vasto. La medida previa que dicta el dogma de la paz es el conocimiento íntimo de unos pueblos con otros. Y él no se realiza sólo ni desde las tribunas, ni desde las cancillerías, sino por la camaradería de sus miembros, sobre todo en el seno de las generaciones nuevas. Por esto penetrar en la psicología de los pueblos, observar de cerca sus necesidades y aspiraciones, ahondar en su mentalidad, he aquí el primer paso.

Hasta hoy la educación pública, en lo que respecta al aspecto internacional, no preparaba sino para la contemplación de sí mismo, siendo así que, como lo entendía uno de los congresales, mientras se investiga el sentido de las civilizaciones desaparecidas y se reconstituye el estado de alma de Ramsés o de Nabucodonosor, se ignora totalmente la psicología de Mac-Donnald, de Stressemann o de Poincaré.

Es, pues, sobre la instrucción pública que reposa en primer término, la solución del problema. La enseñanza no se reduce, por lo general, sino a simples apologías nacionales y al mantenimiento de la ignorancia respecto de los otros pueblos.

«¡Dadnos la gracia, mi Dios, de permitir que nosotros nos veamos como los otros nos ven!» Así dijo en cierta ocasión un prohombre inglés, y sólo por ese camino puede llegarse al conocimiento recíproco.

Pero para la consecución de ese desiderátum es fuerza propiciar por anticipado aquella consubstanciación de los espíritus. Cuando se ha constatado el hecho de una camaradería tan estrecha, como la que hemos podido constatar entre los hombres de todos los pueblos de Europa, en esta auspiciosa semana de Bierville, no podemos suponer ilusoria aquella tentativa.

Una vez establecido ese compañerismo, se imponía la comunión ideológica con ciertos principios, que a ciertos espíritus reaccionarios pudieran parecer inaceptables, an-

tipatrióticos o anárquicos, pero que es necesario plantearlos de una vez por todas, dada la profunda gravedad de los males que se trata de prevenir después del espantoso espectáculo de la última tragedia.

«La gloria más grande de una nación es la de constituirse en la más desinteresada defensora del derecho». De acuerdo con este apotegma, es fuerza comenzar hablando con sinceridad y audacia frente a todos los prejuicios consuetudinarios. Esta sinceridad no ha faltado, ciertamente, al Congreso Democrático Internacional de la Paz. Un pastor protestante, no muy partidario, al parecer, del verbalismo sonoro, preparando acaso el camino para la osada resolución de este año, hablando en forma de sentencia y refiriéndose a la explotación de las glorias guerreras, indicaba la conveniencia de métodos enérgicos para trocar sus perniciosos efectos en beneficios efectivos. Es necesario demostrar, dirigiéndose al fondo de las cosas, que la guerra es la crucifixión del idealismo, y que después de todo y a pesar del heroísmo que muchas veces revela, es, en definitiva, una gran cobardía. Abordó luego el problema de las guerras justas y del derecho de defensa. No niega ni las unas ni el otro, pero, por su parte, coloca el deber de amor y de caridad, por encima del derecho y la justicia.

Es claro que estas ideas no fueron compartidas por todos sus colegas, pero fué lo cierto que, al final de las deliberaciones, el voto sancionado rompió decididamente la monotonía de las conclusiones de los años anteriores, limitadas, como lo hemos indicado, a principios generales o ideas concretas al unísono del organismo internacional de Ginebra.

* * *

El voto de este Congreso se ha referido a la «objeción de conciencia», y al mismo tiempo de sancionarla con firmeza, proclama la necesidad de la limitación del principio de las soberanías nacionales frente a la autoridad de un tribunal internacional. De acuerdo con esta afirmación, si un Estado declara la guerra con menosprecio de las garantías jurídicas, aseguradas por aquella autoridad, todo ciudadano de ese Estado tiene el derecho y el deber de resistirse a tomar las armas. Sigue inmediatamente la declaración de que mientras no se produzca la supresión general del servicio militar obligatorio, es necesario que en los Estados donde esté establecido prevean para los partidarios del «escrúpulo de conciencia» un servicio civil que pueda sobrepasar, en duración, fatiga y peligros, al servicio militar.

Fué grande la tempestad de protestas que desencadenó en Francia, por lo pronto, ese voto del Congreso de Bierville, a pesar de la restricción que significa la segunda parte. El fué calificado hasta de derrotista y anárquico.

En el fondo la objeción de conciencia no

tiende sino a una limitación de la soberanía de los Estados, a propósito de las autoridades internacionales, lo que constituye el principio básico de estas mismas y de la Sociedad de las Naciones, por lo tanto. Pero el espíritu reaccionario niega furiosamente a admitir que un ciudadano pueda decidirse conscientemente, frente a la razón del Estado, por la razón de un tribunal equidistante que ha de juzgar en un momento dado de la justicia de una guerra. Niegan infalibilidad a tales organismos, pero a impulsos de sus patriotismos exacerbados no dudan de la infalibilidad de sus Gobiernos para resolverse frente a un conflicto internacional. No conciben a la conciencia humana por sobre la autoridad del Estado, ni los deberes del hombre para con la Humanidad, por sobre las prevenciones de pueblo a pueblo, de raza a raza, de intereses a intereses, de religión a religión.

¿Acabarán por concebirla ante esta realidad viviente del mundo actual que ha creado este angustioso interregno de la post-guerra?

La concebirán cuando avance hasta ellos esa nueva mentalidad que se viene forman-

do, ese vasto espíritu de paz que se extiende victoriosamente a todos los ámbitos del mundo. Esa preparación fisiológica de la paz que constituye a la preparación psicológica de la guerra propia a todos los tiempos pretéritos, aquella adaptación psíquica que se ha definido como el esfuerzo que descubre más allá de todas las fronteras, la frontera común donde se confunden todos los intereses, las preocupaciones morales y religiosas, el sindicalismo, los grandes problemas de la industria, las conquistas de la ciencia, las glorias del arte».

Es la primera vez que un Congreso de hombres graves, de burgueses como los definiría el léxico revolucionario, adopta un voto concreto tan valiente como cuidadosamente madurado. Es todo un síntoma de los tiempos. La profundas llagas del pasado, todavía sangran, reclaman estos grandes remedios, en contraste con los paliativos que ofrece la reacción y la rutina.

Estos fuertes estímulos reconfortan el espíritu de los hombres y de los pueblos.

Por mi parte, yo abandoné con optimismo el campo de Bierville. Y ya clausurado el Congreso y cuando el tren se alejaba,

fueron varios los símbolos que impresionaron mi espíritu.

Eran las almenas del castillo y eran los monumentos religiosos del Campo de la Paz, sobre todo la alta torre de la Virgen, erigida como una réplica a la otra que los alemanes levantaron en otro tiempo en Metz. Eran una y otra la representación medioeval de una fuerza, cuya impotencia, para crear la paz, las centurias han contemplado con angustia. A menudo, por el contrario, ellos ocultaron los gérmenes de la discordia humana.

Mientras me alejaba fué otro el símbolo que llegó a tocar el fondo de mi alma: el espectáculo de todos los colores nacionales, que en lo alto de la colina constituían una policromía luminosa y augural; el rumor de las voces que me llegaba al oído, entonadas por aquellos hombres y aquellas mujeres, que desde el fondo de las trincheras los unos y desde el fondo de sus angustias las otras, se transformaban en lo alto de la clara colina en una canción de amor, de olvido, de anatema contra el crimen internacional de la guerra...

JOSE ANTUÑA.

París, 1927.

EL REINADO DE LA BELLEZA

“LAS ETERNAS MIRONAS”: DE JOSÉ MARÍA DE ACOSTA

Es eternal el símbolo mitológico del juicio de París. De su dádiva caprichosa nació la manzana de la discordia. Para la más hermosa, dijo el héroe troyano, arrojando en medio de tres divinidades el fruto de oro. Venus salió vencedora. Entonces brotó el rencor perdurable de Juno y Minerva.

Hay cierto culto a la estética al someter a la votación común el reinado de la belleza. Una hembra venusta atrae, enloquece. Amarla es lo natural, como se ama a las flores. Pero por sobre la perfección de la materia está la del espíritu. A veces asoma el peligro de marear de orgullo, de echar a perder el carácter, alabar las vanidades humanas. Si no está arraigado el buen juicio, el equilibrio mental, pierde la cabeza quien se ve elogiado por sus encantos. Y si éstos han de disputarse por concursos, la manzana de la discordia alborota a las colectividades.

El hombre de mundo, Tenorio empedernido, rinde parias a la belleza femenina y la dedica delicados madrigales. Magnífica es la galantería; más no se ha de posponer la hermosura del alma.

Un gran novelista moderno español, don José María de Acosta, en una aplaudida obra en la que sale abiertamente en favor de las solteras y pide para ellas el matrimonio obligatorio, indignándose ante el

feroz egoísmo de los del sexo feo, combate la corriente sensual que se descuida de las seducciones del espíritu. Sostiene que este siglo da capital importancia a la belleza. «Y la belleza es mucho; pero no es todo, añade. Al hombre, evidentemente, la fealdad le repugna de una manera innata; pero, en parte, es porque llevamos muchas generaciones de rendir sólo vasallaje a nuestros sentidos. Los estimulamos, los hostigamos, los exacerbamos, los mantenemos constantemente en un estado hiperestésico, morboso y aguijoneador, y concluimos siendo sus esclavos. La vida moderna está llena de solaces aperitivos, de estimulantes, incentivos y afrodisiacos. Vivimos, casi exclusivamente, para dar satisfacción a nuestros sentidos, a nuestro apetito erótico. Es un culto vicioso enfermizo, perverso el que le tributamos. Si en la mujer, por cima de la hembra, viéramos a la madre, la fealdad no nos repelería tanto. No nos agradaría, ciertamente; pero no le negaríamos hasta el pan y la sal. Hemos asesinado el amor. Hemos despojado a las relaciones sexuales de todo lo que podía exaltarlas, sublimarlas, dejando al descubierto su entraña materialista».

Ciertamente, se prestan a detenidas consideraciones las palabras del novelista José María de Acosta, en su moralizador libro,

de claras enseñanzas sociales, intitulado «Las eternas mironas», que acaba de publicar la casa madrileña **Renacimiento**.

En colectividades frívolas, en las que se adula sólo la belleza fugitiva, quedan postergadas las excelencias morales. Se tiene a vestir de seda y oro a las muñequitas, sin detenernos a preguntar si tienen corazón. Casi nada se adelanta con preguntar cual es la más hermosa. Lo que convendría saber es cuál es la más virtuosa. Tal vez acordándose de que sin base espiritual, sólida, abnegada, íntimamente piadosa, de nada sirven las atracciones de las sirenas, dijo el poeta: «Ay infeliz de la que nace hermosa!» Entraña una saludable filosofía el mito de Vulcano, el más feo de los dioses, cojo y patizambo, casado con la más bella del Olimpo, con Venus.

Elevemos los espíritus auspiciando el reinado de la belleza auténtica. Si las espartanas cuidaban de las perfecciones físicas, no descuidaron nunca las morales, por eso forman una raza disciplinada y heroica de madres que levantaban su himno a la patria, loando, en aras tan sagradas, el sacrificio de sus hijos.

Alejandro Andrade Coel'o.

Quito (Ecuador), Julio 1927.



INSTANTES

Por José María Salaverría

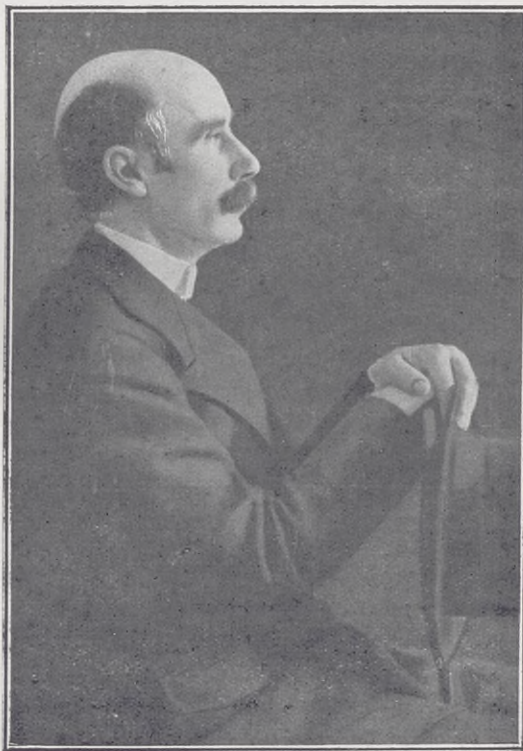
Una nueva obra de José María Salaverría es, sin duda, gran presente en toda ocasión para quien busca, ante todo, sinceridad ideológica, y excelente coyuntura siempre para disertar acerca del ilustre escritor que ha creado, por así decirlo, la literatura, el periodismo nacionalista, caracterizado por la superadora preocupación del mejoramiento patrio. Tal el caso de «Instantes», que en estos días, cuando el insigne publicista prepara sus maletas para una nueva escapada a América, ha sido lanzado al mercado librero.

Salaverría es, desde hace tiempo, uno de los escritores españoles de más recia e inconfundible personalidad. Firme en sus convicciones, no por todos bien comprendidas, como buen vasco, y consciente del papel que el intelectualismo debe desempeñar en el resurgimiento español, ha procurado, desde los primeros años de su labor, imprimir a ésta ese peculiar sello de ferviente patriotismo que la distingue tan marcadamente. Novelista, ensayista, crítico y periodista, Salaverría no habría alcanzado las lindes de la nombradía y de la fama sólo con sus producciones de arte abstracto, aun siendo éstas tan meritorias. Ha sido, afrontando el tema, vasto y sugerente como ninguno, de la vida española contemporánea cómo ha logrado—aunque él previamente no se lo propusiera—interesar la atención de las masas, despertando en ellas, como acontece a todo verdadero genio, al par que infinidad de entusiastas partidarios, no pocos detractores.

Sus trabajos de esta índole prodígalos a diario en la hoja impresa, pues escribe en algunos grandes periódicos de España y América. Parte de ese caudal literario ha sido ya recogido en algunos volúmenes análogos a este de «Instantes», cuya publicación atrajo, como hoy, tan merecida atención general.

«Instantes», es un libro compuesto de diez artículos o ensayos acerca de interesantes aspectos de la capital de España y de su vida intelectual y periodística; escritos todos con ese estilo ágil y preciso,

sobrio y atrayente que caracteriza cada día en mayor grado a Salaverría. Como en «Retratos»—su obra anterior, publicada el año pasado, comprensiva de estudios críticos sobre la personalidad y la labor de Regoyos, Baroja, Unamuno, Ortega y Gasset y Bécher—que tanto apasionó a la crítica, en este su libro reciente obsérvase idénti-



JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

ca altura de miras de su autor, a quien nunca vemos preocuparse de temas humildes, o, por mejor decir, baladíes, sino, por el contrario, enzarzado siempre con lo de vuelo superior. Parecerá a algunos desmesurada, si se quiere, esa constante dinámica espiritual en torno a problemas sangrantes de la cultura y de la raza, pero los entusiastas de estas supremas categorías humanas no podemos por menos de encontrarla muy plausible, por lo sincera y apostólica. Puede decirse que nadie como Salaverría quiere abolir el principio de «El Arte por el Arte», tan morbosos para el sentimiento y la idea, ni ansía ver que el escritor, el intelectual, abandonando las

torres de marfil, toma parte activa en la dirección de la vida española contemporánea, tan necesitada de ser regida diligentemente por los fueros del pensamiento redentor y soberano.

Contra lo que creen algunos, estas obras de Salaverría, tal que «Retratos» e «Instantes» son suficientes para juzgar a su ilustre autor. Nosotros diríamos que las más apropiadas. En ellas puede aquilatar el estilo del escritor, el brio del crítico y el matiz del asunto y la justeza precisa del periodista. Observaremos, a veces, cómo la pasión polariza la amplitud objetiva, y que la simpatía preestablecida déjase vencer a ratos por el poder cegador del espejismo ideológico. Pero el artista reacciona siempre, y ofrece al desnudo su propia alma convencida, y su espíritu, ponderado y ecuánime.

«Elegía al Congreso de los Diputados», «El crepúsculo del Ateneo», «La calle de Alcalá», «Oración a la Cibeles», «Las tertulias literarias», «El asalto a la Academia», «Periódicos de Madrid», «Algunos libros», «Historia de un libro» y «El último episodio»; he aquí el brillante sumario de «Instantes». Trabajos que aun conservando el común denominador característico en el temperamento de su autor, ofrecen una brillantísima gama de aspectos y matices. Así, lo mismo vemos su lamentación ante el caso del famoso centro cultural madrileño, que el canto a las bellezas y originalidades de la Corte acogedora y españolista; la opinión que le merecen los órganos de la moderna prensa nacional y las sugerencias que despierta la renovación de los genuinos núcleos del saber, el significado de cenáculos literarios y el valor representativo de algunos libros famosos recientes. No falta tampoco la nota marcadamente personal al abordar el tema de una de sus propias obras, acogida con tan dispares juicios, algunos bien poco justos y ecuánimes, como tampoco aquella referente a la vida del hombre de letras, especialmente el ensayista, que depende exclusivamente de su pluma. Salaverría canta las virtudes de la independencia de la idea, del pundonor profesional y, paralelamente, aboga por la necesidad imperiosa de que toda voz, todo gesto sincero y convencido encuentre siempre el eco y la atención que merecen.

ANGEL DOTOR.

ADVERTENCIA

Advertimos a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales, publíquense o nó, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

NUESTROS CUENTOS

LA SEÑORITA TULA

PARA "LA VIDA LITERARIA"

La mayor de seis hermanas que se fueron casando una tras otra, Gertrudis (Tula, como la llamaban familiarmente) se encontró un día sola con la madre achacosa en el inmenso caserón colonial que edificaban sus abuelos en la sierra.

Reconcentrada de por sí hasta parecer huraña a las gentes, fué dejando de asistir a las reuniones que daban periódicamente las familias más conceptuadas del lugar. Y sólo se la vió de tarde en tarde concurrir a algún bautismo como madrina, obligada a este acto por una antigua costumbre.

Pasó el tiempo y Gertrudis fué convirtiéndose en una mujer de modales reposados, hasta parecer fríos y de palabras breves, hasta parecer secas.

Por entonces comenzó a llamársela respetuosamente: la señorita Tula. Tenía ya cincuenta años y las amigas de su juventud eran todas madres de muchachas y muchachos que ella había visto crecer.

Los domingos, a la salida de misa, en el paso obligado desde la capilla al centro del pueblo, los alegres grupos juveniles curiosos se abalanzaban hacia el interior del jardín en sombra, al pasar frente a la casa de la señorita Tula. Algunas veces distinguían su larga figura vestida de negro junto a la mecedora de la madre, casi inválida, que gustaba tomar el sol en la galería que daba a Oriente durante las primeras horas tibias y luminosas de la mañana.

—¡Adiós, Tula!

Y alguna mano enguantada saludaba desde el camino. Era la voz de una antigua amiga.

—¡Buenos días, señorita Tula! ¡Qué lindos claveles dobles y qué color maravilloso!—decía alguna voz fresca y anhelosa. Y quizá intencionadamente se detenía junto a la verja, un grupo alegre y claro de muchachas, como a la espera de una de aquellas flores recién abiertas al aire azul y picante de la mañana serrana.

Tenía fama el jardín de la señorita Tula en toda la sierra. Ella misma lo podaba periódicamente, con sus manos secas, en las que nunca luciera un anillo y que sabían manejar las tijeras relucientes al sol y recortar la hoja dura y lustrosa de los laureles y la ramazón ligeramente plateada de los olivos y la copa redonda de las acacias cuyas florecitas menudas, suaves y casi diáfanas, alfombraban, caídas en cierta época del año, los caminos del jardín, con un tapiz fragante, de un amarillo vivo.

¡Y los rosales! Los rosales eran una fiesta al empezar la primavera, con sus rosas bien abiertas, rojas como llamas, blancas como cirios, rosadas como nubes!...

La señorita Tula les daba agua, al crepúsculo: un agua limpia y fresca que se abría en una lluvia menuda y constante, floreciendo en el aire anchas estrellas de plata. Agua sobre los canteros afelpados, agua sobre las anémonas de seda, agua sobre el romero obscuro y sobre el tomillo y la menta, que crecían en uno de los ángulos más en sombra del jardín! ¡Cómo perfumaba, al atardecer, el jardín de la señorita Tula! Era como una gloria del paseo vespertino alcanzar siquiera desde



MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ
Distinguida escritora argentina

la reja, entrelazada de madreselvas, un poco del aroma vívido que se volatilizaba en los últimos rayos del sol. Sobre la tierra mojada y oscura, o sobre los caminos rojos de granza, en puntillas casi, grave, estirada, la señorita Tula repartía el dón de frescura. Y los follajes temblorosos de gotitas al ser agitados por ella misma a su paso, le humedecían el cabello peinado sin gracia.

A lo lejos, las sierras se teñían de morado y en las cumbres reverberaba el último oro del sol.

—Señorita Tula, déme una rosa o un clavel, ¿quiere?

Era la voz de algún chicuelo despeinado y moreno que alargaba la manecita entre las ramas del cerco. Pero ella seguía imperturbable, sin volver la cabeza.

—Un gajito de menta aunque sea... ¡perfuma tanto los dedos!

Al cabo, la mano desaparecía sin el dón, y el chico se incorporaba al grupo de sus compañeros con una mueca de pena y de ira.

—¡Solterona había de ser! ¡Mala, tacaña! Por algo es tan fea...

Y luego, en la casa, era el comentario de los padres y de los amigos, hasta que trascendía a todas las conversaciones.

—Sí; es muy egoísta y luego... ¡tan fría! Ni parece mujer. Yo no recuerdo haberla visto sonreír ni usar un vestido claro o una flor en el pecho. Y la conozco desde que era joven. Entre sus hermanas fué como un gajo de espinas deslizado en un manojo de flores.

—Jamás se le conoció novio... Y por eso ha colocado todo el egoísmo de su alma en ese jardín que no tocan más que sus manos.

Y los comentarios sólo enmudecían frente a aquel pedazo de tierra viva y floreciente, que ni en invierno dejaba de tener su fiesta en los grandes crisantemos de amargo olor.

* * *

Algunas tardes, al mediar Octubre, sostenida en el brazo de la solterona, la madre bajaba lentamente, y una a una, las gradas de ladrillo que descendían desde la galería hasta el jardín. Luego, casi paso a paso, se dejaba llevar bajo el ramaje nuevo. Florecían los durazneros y los perales y los cerezos, dando al jardín un aspecto casi alado y diáfano bajo el oro húmedo del aire primaveral.

La señorita Tula se detenía a examinar los brotes nuevos, lustrosos y verdes unos, dorados o prietos otros. Alguna vez sus dedos flacos retiraban un insecto de alitas transparentes, abandonándolo sobre un cantero, o se inclinaban a recoger una hoja caída o desprendían amorosamente alguna ramita marchita.

La madre, que ya desvariaba algo en sus ochenta y cinco años, solía extender la mano temblorosa hacia la rama rosa de un duraznero, con intención de desprenderla, pero el brazo firme de la hija se lo estorbaba.

—No, no. Hay que dejar a la Vida que cumpla su misión. En la flor está anticipada la presencia del fruto y la semilla.

La viejecita sonreía olvidada ya, desviando su mirada y se prendía más al brazo guiador.

A veces, la hija le escuchaba, durante sus paseos por el jardín, relación deshilvanada de antiguos recuerdos:

—Aquel olmo lo sembró tu padre al poco tiempo de casarnos. También él amaba mucho las plantas. Decía que eran seres sensibles y sufrientes como nosotros...

—Más que nosotros—respondía la señorita Tula, con su voz opaca, pero vibrante.

La madre tornaba a asir el hilo de sus recuerdos:

—Aquel olivo lo plantó al nacer Margarita.

(Margarita era la hija menor).

La solterona miraba a lo lejos, sonriente.

—El olivo es el árbol de la Paz. Pero los hombres no son dignos de sentarse a su sombra. El laurel se parece a mí: yo tengo la amargura de sus hojas.

La anciana la acariciaba con sus manos temblorosas.

—Tula, Tula, nunca te he conocido bien. De niña eras tan callada y taciturna, que yo no sabía cuándo sufrías ni cuándo estabas contenta. No sabías reír fuerte, ni sollozar, ¡criatura mía!

Con su gesto de habitual indiferencia y sequedad, la señorita Tula miraba en la lejanía los montes verdeguantes y el camino que se perdía a la distancia.

La madre repetía con esa obstinación de los niños y de los ancianos:

—Y así te quedaste fuera de la vida... fuera de la vida...

—Pero a la vera de un jardín hermoso.

—En el que eres una flor helada.

Sin interrumpir su examen, la señorita Tula continuaba su paseo lento, sosteniendo en su brazo a la anciana, que repetía con la insistencia de los enfermos febriles:

—Una flor helada, una flor helada...

* * *

Con el tiempo, vino a acentuarse la chochez de la madre, convirtiéndose en una locura mansa y triste que la tornó a los días de la infancia.

Despertósele una tardía ansia femenina de telas claras y suaves al tacto.

Y la solterona, con su parca sequedad, fué a proveerse de ellas. Se colocó un dedal reluciente y confeccionó prendas primorosas, que la dulce demente acogía con exclamaciones de júbilo infantil, palpándolas y acariciándolas con ellas las mejillas.

También se desarrolló en la enferma la pasión por las leyendas maravillosas y los cuentos de hadas. Entonces se dió el caso de veladas en las que la hija rebuscaba en su mente las antiguas historias oídas a la madre en otro tiempo.

Y la voz seca y fría se iluminaba con palabras de luz, de color y de milagro.

—No me quieres—decía a veces la anciana, persistente en su queja como un niño caprichoso;—no me quieres. Tú no sabes querer. No sabes acariciar, ni adormir a un niño, cantándole. Eres una flor helada...

—Sí; una flor helada—repetía ella, fríamente, mientras ayudaba a acostarse a la anciana, ahuecando las almohadas bajo su cabeza y subiendo los cobertores de seda hasta el cuello.

A veces un rayo de luz—ese que alumbraba en el corazón de todas las madres—disipaba momentáneamente las sombras en

el cerebro oscurecido y la pobre melancólica acariciaba el rostro inclinado sobre ella:

—¡Pobrecita mía, pobrecita mía!

Y luego vuelta a su noche:

Cántame, hazme dormir, cantando...

Entonces la voz de la mujer que no cantaría nunca junto a la cuna de sus hijos, sonaba opaca y como desvanecida junto al lecho de la madre próxima a la muerte, como si la vida inapelable en sus leyes cobrara una deuda por anticipado.

* * *

En la media tarde de un Noviembre clarísimo y tibio, la madre agonizó lucidamente en brazos de la hija, en la galería abierta al jardín ebrio de luz y de color, más bello que nunca.

Y la anciana, ya con el pie en la sombra, habló como viendo la luz por vez primera:

—Voy a donde me seguirás un día. Hija mía, la vida no es muy justa para todos, pero se prolonga más allá de la Muerte. Espera. Y que Dios ilumine tu esperar.

Tiesa, grave, hierática, la señorita Tula dispuso todo lo concerniente al entierro de la madre.

Y llegaron las hermanas con sus esposos y sus hijos y los parientes todos y los amigos. Había que atravesar el bellissimo jardín, como en un obligado paso simbólico del sér humano, que va de la Vida a la Muerte...

Adentro, en la penumbra, una figura alta y seca les aguardaba, extendiendo una mano larga y fría. Lloraban las hermanas, que durante la vida de la madre la habían casi olvidado, no por falta de amor, sino por ese egoísmo que la vida impone a los seres humanos hasta en las más dulces relaciones... Sólo la señorita Tula, imperturbable, sin una lágrima, sin una queja, continuaba disponiendo todo con su acostumbrado orden y su parca medida.

—¡Qué frialdad, qué falta de sentimiento!—comentaban algunos, bajo el pañuelo seco

—Felices los que no sienten—agregaba otro.

Se llevaron a la madre con tantas flores, que el féretro desaparecía bajo un jardín cortado por las manos firmes de la señorita Tula, que no dejó que nadie la ayudara.

Luego, atardecido ya, ella misma acompañó hasta la verja a las hermanas, reclamadas lejos por la Vida.

—Adiós, Tula. No te encierres; la Vida es la Vida; hay que tratar de olvidar...

—Ya pasará; ya pasará.

Ella, desde la puerta del jardín despojada, con la mano en alto, les vió alejarse uno a uno hacia el horizonte.

* * *

Un verdadero desorden agreste impera ahora en el que fuera tan admirado jardín. Las plantas espinosas de la sierra invaden los canteros y se ciñen a los árboles que ya nadie poda.

Sitio preferido de los pájaros y de los insectos, hoy sólo huele muy bien cuando llueve.

Un pastito verde y humilde crece en los caminos e invade las gradas que descenden de la casa sobre la tierra.

Algunas veces unos cuantos rostros niños y morenos se recortan entre el verdor del cerco y una vocecita atrevida solicita:

—Un manojito de salvia, una ramita de menta para el té de mi madre, señorita Tula, quiere?

La solterona, que ya está vieja, atraviesa el camino que lleva de la galería a la verja, apoyada en su bastón; silenciosa y seca como siempre, con su mano ya temblorosa, abre la puerta y se hace a un lado para dejar pasar a una veintena de chiquillos, que se derraman, chillando y riendo, por los senderos. Es como una súbita iluminación de sol. Luego, erguida en su misma senectud, la señorita Tula vuelve a ocupar su sitio solitario y un poco frío en la galería de la casa que da a las sierras.

MARIA ALICIA DOMINGUEZ.

Buenos Aires, 1927.

PENSAMIENTOS

—

El otoño de la vida debiera libertar a los hombres de sus pasiones y debilidades, así como el otoño libra a los árboles de los insectos que los roen y manchan.

El tiempo es la mecha; el alma es la llama. El alma es quien luce y el cuerpo quien se quema.

Cuando uno no halla la tranquilidad en sí mismo, es inútil que la busque en otra parte.

Una coqueta vieja tiene todos los defectos de una joven, sin tener sus atractivos.

DUPUY.

Del amor y de todo cuanto al amor concierne se puede decir todo, el pro y el contra, el sí y el no; sin tener jamás razón ni equivocarse es cosa indefinible por esencia.

STAHL.

Pocas mujeres hay cuya vanidad no se resienta más de un amor ridículo, que de un amor insolente.

LATENA.

Pretender consolar al que no quiere consolarse en disgustos de amor, es disputarle el único consuelo que le queda.

ROCHEBRUNE.

Poetas contemporáneos



ORO Y LUZ

PARA EL ALBUM DE LA GENTIL SRTA. MARÍA SOLÁ

Rubia estrella que en lírico viaje
por la vida atraviesas:

el traje

que ostentas ahora,

todo luz, sonrosado, abrileno,

es un traje de besos y ensueño

que te dió tu madrina la aurora.

Es el traje que lucen las flores
al mostrar sus risueños primores
en la verde y umbrosa ribera.

Es el ténue brocado de oro

que se llama ilusión, el tesoro

de azul primavera.

Ciñendo sus galas con regio donaire
cual una azucena perfumas el aire;
las aves gorjean,
fulgura tu manto.

¡Así llega el alba de ignotos confines,
y así pasas hecha de gloria y jazmines,
de rosa y de seda, de amor y de encanto!

Amapola que en blondos trigales

te meces altiva, los vivos corales

de tus labios

despiertan enojos.

¡Tan frescos, tan rojos

no requieren fingido color;

no le piden al Arte proezas,

como no las piden las rojas cerezas

ni el broche encendido

de tímida flor!

¡Oh, clara princesa; como eres un astro,

tu sér transparenta cual fino alabastro

la luz de un lucero dormido entre tules;

y cuando tus ojos fulgen de alegría,

es como si abriera sus puertas el día

mostrando un tesoro de gemas azules!

Conozco quien eres, criatura divina,

lo cuentan tus ojos,

tus ojos de ondina

que nadie al mirarlos pudiera olvidar,

porque hay en su fondo piedad y consuelo

y a veces retratan con místico anhelo

la gloria de un cielo,

la hondura del mar.

Eres tú la diosa que esconde en la ría

su gruta de perlas;

con dulce armonía

resuena a lo lejos tu extraña canción.

Y el piélago enorme, preciosa sirena

sacude a tus plantas la undosa melena

y tiembla y palpita como un corazón.

En este paisaje de luz y grandeza,

eres tú el espíritu de toda belleza,

eres tú la gracia del suelo español.

Por eso la aurora

te presta su traje,

el mar con su espuma te forma un encaje

y peina romántico tus bucles el sol!

ALFREDO GOMEZ JAIME.

(Colombiano.)

MOTIVOS

Con haberte dicho lo que no quería,
con haberte escrito lo que no debía,
con haberte puesto donde no pensé,
he sido la causa de tu orgullo necio,
y de que el Pilatos de tu menosprecio,
en la cruz me clave de tu mala fe.

Más que el sufrimiento por mi desengaño,
más que la conciencia de mi propio daño,
me duele que digas, porque no es verdad,
que el cariño loco con que me brindabas
era una añagaza con que te burlabas,
caprichoso antojo de tu vanidad.

Me has querido mucho; sin equivocarme,
puedo demostrarte que para engañarme
ha sido preciso que te hagan sufrir

con locos consejos que no merecías
y razonamientos que tus cobardías
han tenido miedo de contradecir.

Yo también te quise por muchas razones:
porque despertaste con tus perfecciones
las fibras dormidas de mi corazón;
porque tu inocencia me sirvió de anzuelo
y porque tus gracias fueron el señuelo
y el primer motivo de mi adoración.

Yo también te quise; me gustaba tanto
sentir en mis ojos húmedos de llanto,
los tuyos luceros de un vivo fulgor,
que cuando llegaban las horas de verte,
si tardabas algo pensaba en la muerte
como un lenitivo para mi dolor.

Yo también te quise con pasión tan loca,
que mi vida entera parecióme poca
para idolatrarte, y en mi frenesí,
por beneficiarte razoné sin calma
y abjuré del Cielo para darte el alma,
una de las cosas que te prometí.

Hoy que ajusticiado por todas las penas,
inocente pago las culpas ajenas
y sufro el martirio de tu sinrazón,
guardo por inútiles mis lamentaciones
y entierro el cadáver de mis ilusiones
en el cementerio de mi corazón.

CASTO PINO,

No te pintes los labios

(Carta encontrada)

No, por Dios, no te pintes los labios. Los matarías. Serían como dos trozos de porcelana pintarrajeados de bermellón, del muñequil bermellón. Además del mal gusto, malísimo, sería una crueldad. Y tú no podrías ser cruel contigo misma, con lo que tienes de máspreciado y encantador. Para mí que soy joven también, ¡qué encanto el de tus labios juveniles, tan jugosos, tan vivos, tan inquietos, tan juguetones y expresivos! No, por Dios, no te los pintes. Serían como dos trocitos de porcelana pintarrajeados de bermellón.

¿Acaso no sabes tú lo que son los labios juveniles bajo el imperio de las almas? ¿No has visto como los hace temblar el acento de enamorada? ¿No has visto como los hace estremecer la angustia de los celos? ¿No los has visto bañados en lágrimas en las horas negras de la ausencia? Siempre jugosos, siempre vivos, siempre movibles, como suaves ondas que nacen y se desvanecen dejando huellas profundas en el corazón. La repugnante máscara del colorete no los ha profanado aún. Viven. Tú misma parecerías sin expresión y sin alma con esos labios de muñeca que sólo sabe decir papá y mamá con la boca del estómago. Tus palabras, sin ese delicioso mohín de tus labios vivos, sonarán a cosas vacías y a cosas muertas. No, por Dios, no te pintes los labios. Los matarías.

Nunca, jamás pensará el hombre que te ama en darte un beso, ni aún en sueños, ni aún en la nostalgia de la ausencia, ni en las encantadoras visiones de la vaporosa ilusión. Le parecerás una máscara. Huirá de ti. Porque muertos tus labios, le parecerás tú muerta también. Serás sólo para él un juguete insignificante, risible, incapaz de pasión noble y profunda, como solamente puede serlo la mujer verdad. Hasta tus mismas amigas se reirán de tus besos de muñeca acabada de pintar. Tu verdadero puesto sería el escaparate de una manicura, tu único altar de lindo arlequín. No, por Dios, no te pintes los labios. Serías un juguete más.

Sé mujer de verdad, rebelde a todo capricho vulgar, con pensamiento tuyo y gusto estético tuyo, lo más puro que puedes ser, sin temer tanto a que te señalen con el dedo, porque esto será precisamente tu galardón y tu victoria. Sé mujer fuerte, y elige para ti solamente lo que creas que es bueno y bello para ti y deja para los demás las ridiculeces de la moda y de las costumbres, ya que no pueden hacerse valer sino por las cosas que les vienen de fuera, valgan o no valgan. Que se te distinga no sólo por lo que adoptas, sino también por lo que dejas de adoptar. No es orgullo, no es delicadeza de sentimiento que no se aprende en el ambiente vulgar de los colegios al uso. Sé tu misma siem-

pre y esparcirás a tu alrededor un ambiente de cosas buenas y bellas que te envidiarán las esclavas de la ritología del último figurín. ¡Oh, no, por Dios, no te pintes los labios! Los matarías.

No transijas con la vulgaridad, con lo que dice y hace todo el mundo, porque tú no has de ser esclava, sino señora, dueña de ti misma, de tu sentir y de tu pensar. Nadie tiene derecho a coaccionar tu voluntad en todo aquello que es de tu exclusivo dominio. Convince si puedes, pero si no, tú sola eres tu propia gobernadora. Tu orgullo y tu decoro están en la firmeza y razón de tus decisiones. La vulgaridad, si quiere elevarse, ha de contar contigo; nunca, jamás tú con ella. Has de ser de tal modo modelo

que tú misma lo ignores, y los demás lo sientan gustosos sin echarlo de ver.

Sé sincera, franca, amable, sin fingimientos repulsivos, que también el alma tiene sus coloretes venenosos. Pero así como tú pudiste salvar tus cabellos, tus incomparables cabellos, de esa poda innoble y cruel que tanto ha hecho descender a tu sexo en el sentido de lo bello, así estoy convencido que no profanarás tus labios llenos de vida con esa repugnante pintura roja que os convierte en ridículo arlequín de escaparate.

¡Oh, no, por Dios, no te pintes los labios! ¡Los matarías!

PENTAUR.

ESCULTORES CONTEMPORÁNEOS

ANTONIO DA COSTA

Antonio da Costa, el joven escultor portugués, es uno de los modernos artistas de más bello futuro en su país. Hizo un curso de su carrera en la Escuela de Bellas Artes de Lisboa; siguió sus estudios cinco años en París, siendo discípulo de Bourdelle, el gran escultor de actualidad. Expuso, también, en el «Salón» de Portugal, habiendo obtenido la segunda clasificación en el salón de la Nacional. Ha

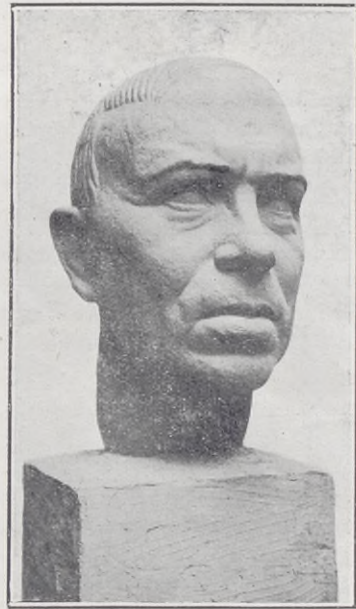
Tiene un interés especial para el retrato, poseyendo una galería de intelectuales, que va siempre acrecentándose como una documentación preciosa para el porvenir.

Trabaja ahora en un monumento a la batalla de Ourique, en que se funda la nacionalidad portuguesa, encomendada por la Municipalidad del pueblo a que está destinado.

Con la presente nota informativa—que



BUSTO DE LA POETISA VIRGINIA VICTORINO



BUSTO DEL DR. JOAQUÍN MANSO

expuesto, además, sus obras en el Brasil, siendo las principales de ellas: una estatua simbolizando «El Trabajo», encomendada por el antiguo ministro de Cuba en Portugal y distinguido periodista D. Antonio Iraizoz, para ser colocada en una plaza pública de la Habana, y la «Virgen del Rosario», que se exhibirá en una capilla de Portugal.

sentimos no sea más extensa, por falta de espacio—damos las reproducciones de un busto de la conocida poetisa Virginia Victorino y del director del «Diario de Lisboa», doctor Joaquín Manso. Ambas esculturas han merecido unánimes elogios de la prensa.

MISCELANEA

A iniciativa del Presidente de la «Unión Latino Americana» ha sido firmada por numerosos intelectuales y periodistas argentinos, una nota de protesta por el atropello cometido en el Perú contra la revista «Amauta», su director José Carlos Mariátegui y sus colaboradores la poetisa Magda Portal y Blanca Luz Brum de Parra del Riego. La nota dice así:

«Clausurada la revista «Amauta», alta tribuna de pensamiento americano y apresado su director, el notable escritor José Carlos Mariátegui, por orden del gobierno del Perú, los abajo suscritos, acuerdan hacer pública condena de ese atropello a la libertad del pensamiento, así como afirmar su adhesión espiritual al ideólogo renovador que, mutilado y enfermo, sin cesar un instante en su prédica idealista, constituye hermoso ejemplo de heroico sacerdocio intelectual. Expresan, también, su simpatía, a las poetisas Magda Portal y Blanca Luz Brum de Parra del Riego, así como a sus compañeros de infortunio, víctima de la misma injusticia.—Buenos Aires, 17 de Junio de 1927.—Firmado: Alfredo L. Palacios, Mario Sáenz, Rodrigo Soriano, Nicolás Repetto, Enrique Dickmann, Carlos Sánchez Viamonte, Alberto Gerchunoff, Roberto Enrique Giusti, Alfredo A. Bianchi, B. Fernández Moreno, J. Torrendell, Sigue un centenar de firmas de intelectuales argentinos y miembros de la redacciones de los siguientes diarios: «La Vanguardia», «Última Hora», «El Telégrafo», «La República», y «La Argentina». Además han expresado su adhesión los componentes de la sección peruana residente en Buenos Aires de la A. P. R. A. y diversos intelectuales de Montevideo, La Plata y Córdoba.

Nuestra ilustre colaboradora la eximia publicista argentina María Alicia Domínguez preparará actualmente un nuevo libro de cuentos, del que formará parte el que publicamos en el presente número con el título «La tía Tula».

Además, tiene ahora en prensa un nuevo tomo de poesías, al que auguramos igual éxito que a los anteriormente publicados por tan admirable escritora.

La prestigiosa «Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez», de Buenos Aires, ha comenzado a publicar las memorias del doctor Rafael Calzada, el ilustre español radicado en la Argentina desde hace tantos años. Acaba de salir el tomo cuarto de sus «Obras Completas», primero de esas sus notas autobiográficas, que él titula «Cincuenta años en América. Dada la relevante figura intelectual que es, desde años atrás, el doctor Calzada, se comprende, fácilmente el enorme interés que tiene este libro suyo, en el que con acierto, competencia y amenidad se enjuicia y describe sintéticamente un periodo de la historia hispano-americana. Obra altamente educadora, humana y artística, «Cincuenta años en América», debe ser conocida por muchos españoles.

La afamada poetisa alemana Nanny Wachsmuth acaba de traducir a su idioma, algunos poemas del libro «Inquietudes» de nuestro querido amigo Eduardo de Ory. Dicha eminente escritora es colaboradora del reputado hispanista Viktor E. Björkman, Profesor de la Universidad de Rostock, traductor también de nuestro citado compañero.

El Dr. Björkman y su esposa, también eximia poetisa, preparan ahora una «Antología de la Poesía Catalana Contemporánea», a la que presta su valiosa colaboración la referida Nanny Wachsmuth.

El conocido literato bonaerense Guillermo Stock tiene en prensa actualmente tres nuevos libros: «Kurkara» (Viajes y pensamientos de Kurkara), «El Paraíso Futuro» (poema) y «El cielo rojo» (cuento dramático, seguido de una historia de su vida, inédita).

Los directores de 25 rotativos yanquis han visitado la capital de Inglaterra, siendo patrocinado el viaje por la Fundación Varneguie para la paz.

El objeto que se persigue con la realización del viaje es estudiar las condiciones políticas, económicas y sociales de varias naciones de Europa.

Los ilustres periodistas americanos fueron recibido en las redacciones de los diarios más importantes de Londres y por Mr. Chamberlain, teniendo ocasión de poder apreciar de cerca toda la marcha de los importantes diarios de Londres, que bien pueden compararse, tanto por su redacción como por su estampación, con los que se editan en los Estados Unidos de Norteamérica.

En el gran mundo de las letras era muy conocido el escritor y académico francés Robert de Flers, recientemente fallecido. Se llamaba José María Luis Camilo Roverto Pellevé de la Moot-Augo y era marqués de Flers. Nació en Pontl'Eveque el 25 de Noviembre de 1872. La muerte del ilustre escritor y distinguido periodista ha sido muy sentida en todos los centros culturales del mundo, en donde el finado se había conquistado un nombre.

Robert de Flers estaba casado con una hija del célebre dramaturgo Sardou. Como de justa reputación y sus artículos en periodista gozaba en la capital de Francia «Le Gaulois», «La Liberté» y «Le Figaro» eran muy apreciados por el público parisiense.

Ultimamente desempeñaba el cargo de director literario del periódico «Le Figaro».

La «Editorial Ibero-Africano-Americana», que dirige el prestigioso publicista Don Manuel L. Ortega, tiene ya en prensa la obra «Los mejores poetas de la Argentina» concienzuda recopilación efectuada por

Eduardo de Ory, a quien dicha Editorial ha confiado también una serie de tomos antológicos de todos los países americanos, cuya noticia dimos hace varios meses en esta misma sección.

«Los mejores poetas de la Argentina» formará un voluminoso tomo, donde figurarán cien autores contemporáneos y está prologado por el eminente escritor, también argentino, Manuel Ugarte.

Los pedidos de esta completísima obra que seguramente se agotará pronto por el gran interés que encierra, deben dirigirse a la Editorial citada: D. Ramón de la Cruz, 51, Madrid.

Auguramos en éxito al citado libro, que dará una idea del actual florecimiento de la lírica de aquella nación.

Renovación. Va a publicarse en breve, en Cádiz, una nueva revista literaria con este título. He aquí su programa:

«Renovación» se propone... Incorporarse como publicación de ARTE, CIENCIA Y LITERATURA, al elenco de las de su género que con brillante esfuerzo independiente mantienen programas máximos dentro de las tendencias inquietistas.

A su rótulo categórico confía la orientación de sus propósitos.

Participando de las fórmulas estéticas y de las intuiciones líricas que han puesto en evidencia los módulos y las ideas dadas a conocer por las cinco escuelas procesales a la creación del vanguardismo, se afilia al movimiento reaccionista que ha puesto en derrota las rancias pragmáticas de las sofisterías retóricas.

Su aportación intelectual se caratulará con la palabra **Renovismo**.

Al amanecer en Gades, suelo fértil en el que fecundó la semilla de la libertad del pensamiento, se considera llamada a producir un viento levantino de Solano, marcador de una evolución benefactora, en su viejo exponente cultural.

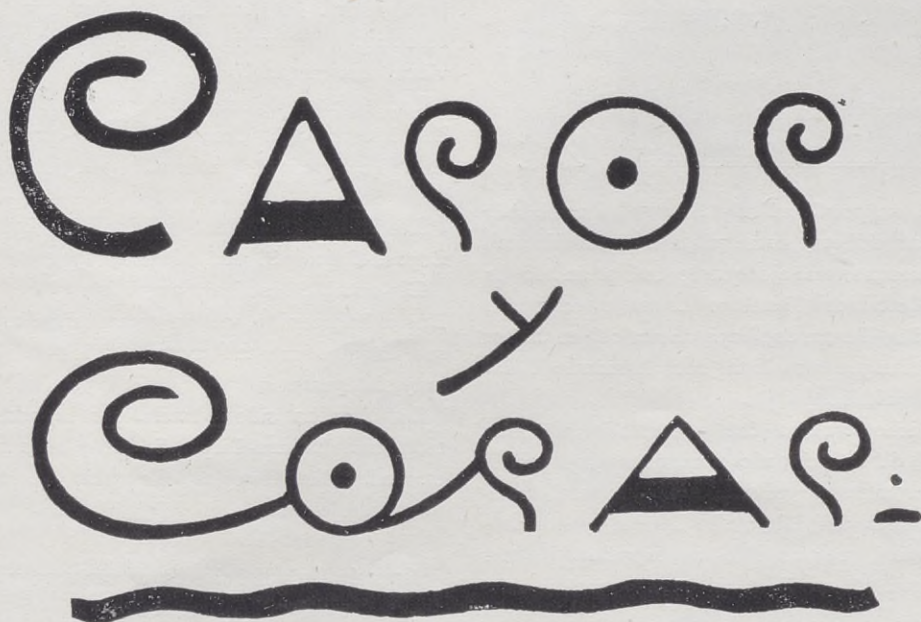
En tal sentido, **RENOVACION** ofrece sus columnas a todos los artistas que deseen colaborar en ellas. El conocimiento o el desconocimiento de sus nombres, no ha de influir, en absoluto, para desviar el ángulo recto de nuestro juicio, dispuesto siempre a fijar sus nuevos valores determinativos, en el relieve del grabado o en el plomo dúctil de las linotipias mecánicas. **RENOVACION** tiene certeza que entre los nuevos iniciados han de surgir elementos preponderantes, útiles a la acción creadora del siglo luminoso.

A las venturosas hermanas que se perfilan en el atlas geográfico de la literatura universal y a la prensa del Mundo,

SALUD!

Se aceptan colaboraciones para el primer número y siguientes.

La correspondencia a nombre del Director de **RENOVACION**, Carlos María de Vallejo, Plaza de Argüelles, 3-3.º Cádiz. (España).



LA POESIA Y EL TEATRO EN EL JAPON

El Japón es la tierra de la poesía.

Harukici Saimol, profesor del Instituto Oriental de Nápoles, asegura que en el Imperio del Sol Naciente todo el mundo es poeta.

En mi casa de Tokio—dice en el número literario de «L. Unione» de Caserta—tengo un viejo servidor que no sabe siquiera escribir su nombre, pero que hace versos muy respetables y con gran facilidad. Continuamente se me acerca para decirme:

«Señor, he compuesto otro poema; escríbamelo». Y me lo dicta.

Todos los años se celebra un concurso poético con un tema escogido por el mismo emperador y al que pueden concurrir todos los súbditos del imperio. Y cada año se presentan al certamen más de cincuenta mil poesías. En el último, los poetas agraciados con los siete primeros premios fueron empleados del Estado, dos sacerdotes, un droguero, un vinatero y dos mujeres del pueblo.

Hasta en la más pequeña aldea hay indefectiblemente una «Unza», asociación poética del pueblo; sus miembros pertenecen a todas las clases sociales; se reúnen dos o tres veces al mes, y cada uno lleva por término medio a esas reuniones una veintena de poesías, que se leen y se critican públicamente.

En las minas de carbón de la isla de Chiuscio, los mineros dedican a la poesía el escaso tiempo de que disponen para el descanso, y han organizado una «Unza» correspondiente.

Harukici Saimol cree en la moralizadora influencia de la poesía, y cita varios casos de verdaderas conversiones de hombres que antes eran brutales y aún delincuentes y son ahora, gracias a las «Unzas», ciudadanos honrados y poetas más o menos sentimentales.

*
* *

DICHOS Y HECHOS

LA FIDELIDAD DE CANOVAS

Acababa de casarse Cánovas del Castillo con doña Joaquina Osma; era feliz. Un día recibió la visita de un amigo.

—Se advierte, don Antonio, dijo el amigo de referencia, que es usted dichoso.

—Sí; ya lo creo que lo soy.

Después volviéndose a su esposa, añadió:

—¿Quién no lo sería, Joaquina, a tu lado? Te adoro y te respeto. Además he jurado serte fiel, pero con una condición y hasta un límite. Yo no le haré jamás el amor a nadie; pero si (cosa absurda) me lo hacen a mí, no podré resistirme. Sólo un hombre, el casto José, rehusó los amores de una mujer y bien caro lo ha pagado. Lleva veinte siglos en ridículo.

ERA HUMILDÍSIMO SERVIDOR DE LOS ACONTECIMIENTOS

Un día en las cortes del 41 que tan poco favorables le eran a causa de haber defendido a la Regencia única, se propuso Olózaga conseguir los aplausos y las risas de todos a costa de un diputado que venía representando sin interrupción el papel de Proteo.

Y lo logró con esta anécdota:

—Su señoría—dijo dirigiéndose al diputado aludido—puede contestar como el embajador inglés a Mazarino. ¿No sabe su señoría qué le contestó el embajador a Mazarino? Pues voy a decírselo: «¿Por quién estáis—preguntó éste a aquél,—por la República o por el pretendiente?»—Yo soy—respondió el embajador,—humildísimo servidor de los acontecimientos».

Pues eso es S. S.: humildísimo servidor de los acontecimientos.

EL DESTINO MANDA

Don Indalecio Armesto, hombre cultísimo y de muy agudo ingenio, tío del malogrado escritor gallego Sáiz Armesto, paseaba una tarde en la Coruña con un amigo suyo

—¿Cómo se explica usted—le preguntaba éste—que habiendo ido a las Cortes al mismo tiempo don Justo Pelayo Cuesta y don Benito Plá Cancela, y valiendo éste mucho más que aquél, haya llegado Pelayo a ministro, mientras Cancela ha tenido que regresar para seguir siendo un estimable abogado de provincia?

—¡Ay, amigo!—le contestó don Indalecio. Usted va a una tienda y compra dos navajas exactamente iguales y del mismo acero, de idéntica fabricación, y sin embargo, una la dedica usted a afeitarse y la otra a cortarse los callos. El destino... el azar... En eso estriba el triunfo de algunos hombres.



—Pero, hombre: ¿cómo siendo ciego ha visto usted que la moneda es falsa?

—Perdone usted, señora; es que está el cartel del revés: en este barrio debí llamarme y pasar por mudo.

CURIOSIDADES

Los escarabajos pueden entenderse y comunicarse entre sí mediante el ruido que hacen golpeando, aun cuando se encuentren a tres o cuatro metros de distancia uno de otro.

*
* *

La herramienta más antigua que se ha podido descubrir en la historia egipcia es el serrucho. Primero tenía la forma de un cuchillo de bronce dentado, en la tercera dinastía, o sea unos cinco mil años antes de nuestra era, siendo seguido en la tercera y cuarta dinastía por serruchos de dientes más grandes, que eran empleados por los carpinteros.

En el siglo VII antes de la era cristiana los asirios usaban serruchos de hierro. Los primeros cuchillos que se conocieron eran de pedernal, y, en realidad, resultaban ser serruchos con dientes diminutos.

*
* *

Los científicos proponen actualmente el uso de los gases asfixiantes para matar los mosquitos.

*
* *

Se calcula que todo el gran universo está compuesto por mil a tres mil millones de soles (estrellas), muchos de los cuales deben regir indudablemente sistemas planetarios, por lo menos, como el nuestro y en los que existe, acaso, la vida.



En esta sección daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, siempre que recibamos dos ejemplares. La redacción se reserva el derecho de no dar cuenta de aquellas obras que, por sus ideas o tendencias, no se ajusten a la índole de esta Revista.

Guía de Cádiz, por Rafael de Vera y Monge. 1927.

Con motivo de la celebración del XI Congreso de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias, el culto periodista gaditano don Rafael de Vera y Monge, ha publicado una completísima «Guía de Cádiz», profusamente ilustrada y que ha merecido grandes encomios de la prensa.

Entre otros asuntos de interés, inserta artículos y notas referentes a la Asociación española para el Progreso de las Ciencias, Reseña histórica de la capital, Casas Consistoriales, Excm. Diputación Provincial, Facultad de Medicina, etc., etc.

La obra en 8.º, forma un volumen de 232 páginas impresas en magnífico papel couché y ha sido editada en los acreditados talleres de la Tipografía Niel, editora también de la «Guía Práctica Comercial de Cádiz».

A las muchas felicitaciones recibidas por el señor Vera y Monge, con motivo de dicha publicación, una la nuestra muy cordial.

Los amores de un cadete, por Adolfo de Sandoval.—Madrid, 1927.

Sandoval es, ante todo, un novelista muy ameno y esta es ya una cualidad muy apreciable para ser leído. Todas sus obras se leen con gusto y se recuerdan siempre y así sucederá con la última que acaba de publicar, titulada «Los Amores de un Cadete», de ambiente segoviano, como la anterior del mismo autor, titulada «Beatriz Galindo», de la que dijo un crítico «Pasión de amor, pura, creciente, dominadora, pero encauzada en el hondo y derecho cauce de la razón no esclava; pasión de amor ennoblecida, elevada, como divinizada por una fe viva, que transforma en varón justo al que de ella vive: eso es lo que palpita dentro de este volumen de 500 páginas, como inflamada lava en las entrañas de un Vesubio.»

Algo parecido podría decirse de «Los Amores de un Cadete»: porque en esta novela hay, también, pasión de amor, pura, creciente, dominadora...

Auguramos un éxito a esta nueva obra de Sandoval, que se agotará pronto seguramente.

Patria resurge, por el Excmo. Sr. Don José Cebrián y Saura.—Cádiz, 1927.

El ilustre general de Infantería de Ma-

rina, señor Cebrián y Saura, ha publicado en un folleto, esmeradamente editado, un interesante trabajo que le fué premiado en el Certamen Científico Literario celebrado en San Fernando, hace dos años, en honor del insigne novelista don Armando Palacio Valdés.

Dicho trabajo fué presentado al tema VII, del mencionado concurso, que era «Estado social y político de España, al advenimiento del Directorio Militar y trascendencias que respecto de aquellos órdenes tengan las medidas adoptadas por el referido Gobierno».

Conocidas las dotes de cultura y erudición que posee el señor Cebrián, no es extraño que su patriótico trabajo haya merecido unánimes elogios de la crítica y de la prensa. Anteriormente, con obras de más extensión, y de asuntos históricos, obtuvo también tan distinguido escritor muy justas alabanzas.

Nosotros también le felicitamos por la publicación de «Patria resurge», al par que le agradecemos los ejemplares que ha tenido la atención de enviarnos.

Anuario-Guía de Badajoz y su Provincia.

—La Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A. ha acometido la empresa de dotar a España de guías de turismo de todas sus provincias, hechas con la mayor escrupulosidad y exactitud y editadas primorosamente.

España encierra multitud de riquezas artísticas, desconocidas por falta de divulgación, dándose el caso peregrino de ser los extranjeros los encargados de revelarnos todo aquello que encierra nuestra patria y que es digno de ser admirado. Las guías de turismo son un elemento esencialísimo en la vida de un país, porque difundiendo ese turismo fomentan una fuente de riqueza muy estimable, que en nuestro país está lamentablemente olvidada.

La labor llevada a cabo hasta el presente era muy incompleta. Algunas publicaciones aisladas y dedicadas tan sólo a lo más saliente y conocido. La Compañía Ibero-Americana de Publicaciones se propone que sus ediciones lleguen a todos los lugares, por recónditos que sean, de nuestro país; que muestren al viajero y al turista las numerosas maravillas que pueden ser recreo de sus gustos artísticos, despertando en todos el interés de conocerlas.

La primera guía editada ha sido la de la provincia de Badajoz, que acaba de ponerse a la venta, obteniendo un señalado éxito. Es un libro de gran número de páginas, primorosamente editado, ilustrado con multitud de fotografías. Contiene todos aquellos datos que pueden ser necesarios al via-

jero y una información completísima del comercio e industria de la importante provincia extremeña.

Los pedidos de este interesante libro pueden hacerse a la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, apartado 9.015, Madrid.

Los Malaventurados, por José M. Braña. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1927.

El notable escritor argentino José M. Braña ha reunido, en un tomo, algunos de sus mejores cuentos cortos, varios de ellos muy interesantes.

La obra ha sido editada por la acreditada casa Espasa-Calpe, S. A., y se vende en todas las librerías al precio de 3,50 pesetas ejemplar.

Anuario-Guía Oficial de Marruecos y del Africa Española (Quinta edición). 1927.

Acaba de aparecer esta importante obra que ha merecido los mayores elogios de las más ilustres figuras de la intelectualidad española, entre ellas los Sres. Primo de Rivera, Maura, González Hontoria, Alvarez (don Melquiades), conde de Jordana, Silvela, Villanueva, Bauer, Alcalá Zamora, López Ferrer, Benavente (D. Jacinto), conde de Bugallal, Beltrán y Rózpide, Francos Rodríguez, Fernández Navarro, Linares Rivas y conde de la Mota.

Poseer este Anuario es tener en la mano Marruecos, nuestras posesiones del Norte de Africa, el Sahara español y la Guinea continental e insular.

Esta edición supera a las anteriores.

Los pedidos pueden hacerse en la Editorial Ibero-Africana-Americana, Don Ramón de la Cruz, 51, Madrid.

Guía de Cádiz y su provincia, para uso del Turista.—1927. Tipografía y Litografía Rodríguez de Silva.

Tres años hace que don Salvador Repeto edita esta utilísima «Guía», que cada vez obtiene mayor éxito.

La edición de 1927 puede decirse que supera a las anteriores en presentación, lujo y contenido.

Publica, entre otras materias, descripciones de Cádiz y sus proximidades, en español e inglés; itinerario para la visita de la ciudad de Cádiz; Catedral, San Felipe Neri, Museo Iconográfico, Convento de Capuchinos, Museo de Bellas Artes, Necrópolis Anteromana, Teatros, etcétera, todo ello ilustrado con multitud de fotograbados alusivos al texto.

Inserta, además, diversas notas de interés, referentes al clima de Cádiz, tarifas varias, servicios de tranvías, automóviles y carruajes, etc., etc., así como otros relativos a los pueblos de la provincia, con vistas de sus principales lugares y monumentos.

Felicitamos al señor Repeto por la publicación de tan importante «Guía», indispensable para todas aquellas personas que visiten Cádiz por primera vez.